

LOS ESTUDIOS LINGÜÍSTICOS Y LITERARIOS EN EL CENTRO DE ESTUDIOS HISTÓRICOS: ORÍGENES, PROYECTOS Y FILÓLOGOS

TOMO CIII · CUADERNO CCCXXVIII · JULIO-DICIEMBRE DE 2023

RESUMEN: En este artículo se hace un estudio, basado en documentos inéditos, de cómo se funda la sección de Filología del Centro de Estudios Históricos, a partir de un seminario creado en la ILE, y cómo se forma su núcleo central con Pidal, Castro, Navarro y Onís. Después se muestran las diferentes subsecciones que se crearon con los distintos proyectos en los que se trabajaron entre 1910 y 1936, viendo así la evolución de sus intereses filológicos. Por último, se hace una relación de los distintos filólogos que pasaron por la sección de Filología y el proyecto en el que trabajaron cada uno. Toda esta información en conjunto nos ayuda a valorar aún más la importancia que la filología tuvo dentro del Centro de Estudios Históricos.

Palabras clave: Filología; Centro de Estudios Históricos; Ramón Menéndez Pidal; Junta para Ampliación de Estudios.

LINGUISTIC AND LITERARY STUDIES AT THE CENTER FOR HISTORICAL STUDIES: ORIGINS, PROJECTS AND PHILOLOGISTS

ABSTRACT: In this article, a study is made, based on unpublished documents, of how the Philology section of the Center for Historical Studies is founded, based on a seminar created at the ILE, and how its central nucleus is formed with Pidal, Castro, Navarro and Onís. Then the different subsections that were created with the different projects that were worked on between 1910 and 1936 are shown, thus seeing the evolution of their philological interests. Finally, a list is made of the different philologists who passed through the Philology section and the project in which each one worked. All this information together helps us to further appreciate the importance that philology had within the Center for Historical Studies.

Keywords: Filology; Centro de Estudios Históricos; Ramón Menéndez Pidal; Junta para Ampliación de Estudios.

LOS INICIOS DE LA SECCIÓN DE FILOLOGÍA DEL CENTRO DE ESTUDIOS HISTÓRICOS*

UNA mañana fría de diciembre de 1899, Ramón Menéndez Pidal se encontraba en la Universidad Central, que entonces estaba situada en la madrileña calle de San Bernardo. Estaba nervioso: su futuro se decidía en aquel momento. En una aula esperaba, junto a otros opositores, a que el tribunal les llamara para hacer los ejercicios de oposición a la cátedra de Filología comparada del latín y castellano¹. No estaban todos; faltaba uno, Miguel de Unamuno, que, aunque era catedrático de Griego en Salamanca, también había firmado la convocatoria. Cuando el tribunal había empezado a llamar a los candidatos, apareció en la sala la figura de don Miguel «con paso lento, escrutando con sus atónitos ojos de búho el fondo de la sala». Nunca fue para Pidal tan indeseada la llegada del escritor bilbaíno, quien saludó a sus compañeros de oposición y les dijo que venía a presentarse al tribunal, pero que no iba a realizar las oposiciones porque regresaba a Salamanca esa misma tarde. En ese momento, Menéndez Pidal respiró aliviado; su gran rival para conseguir la cátedra desistía y quedaba la vía libre para que él la ganara, como así sucedió. Ramón Menéndez Pidal obtuvo la cátedra de Filología comparada de la Universidad Central².

Años después, en agosto de 1907, el flamante catedrático recibió una carta de un alumno, que no hacía mucho tiempo había llegado a la capital desde el pueblo manchego de La Roda. Tomás Navarro Tomás, que así se llamaba el joven, compartía con su profesor las dudas que le acechaban sobre su futuro. Acababa de recibir una oferta de trabajo para ser el instructor de los hijos de la famosa actriz María Guerrero y del actor Fernando Díaz de Mendoza. Se

* Este artículo se ha escrito dentro del proyecto de investigación «La filología en la Edad de Plata de la cultura española. Los materiales inéditos del Centro de Estudios Históricos». (Ayudas de la Fundación BBVA a Equipos de Investigación Científica en Humanidades Digitales 2019).

¹ Las oposiciones las firmaron: Javier Gaztambide y Sarasa, Ramón Menéndez Pidal, Gustavo Muñoz Oñativía, Miguel de Unamuno, Rufino Lanchetas Labayru, Rafael Pérez Barreiro y Dantonio Roma Rubies. *Gaceta de Madrid*, num. 290, 17 de octubre de 1899.

² Menéndez Pidal cuenta la anécdota en Ramón Menéndez Pidal, «Recuerdos referentes a Unamuno», *Cuadernos de la Cátedra Miguel de Unamuno*, 1951, págs. 5-12.

trataba de un cometido muy bien remunerado, que le iba a permitir viajar por el mundo y hospedarse en los mejores hoteles, pero suponía alejarse del maestro y de las actividades de investigación que tenían entre manos, además de sacrificar todos los propósitos que se había hecho para su vida.

Es incompatible con mis documentos y me obligaría a separarme de usted –le confesaba Navarro a Menéndez Pidal–; sería preciso que dejase de pensar en todo lo que ahora me preocupa y en lo que tengo cifrada muchas veces esperanzas de trabajo agradable y provechoso, en fin, tendría que sacrificar todos mis propósitos; tal vez olvidar lo aprendido, que sería desandar lo andado y emprender un camino completamente distinto³.

En su respuesta, Menéndez Pidal le trasladó a su pupilo la necesidad de tener paciencia y confianza en uno mismo, pues al final los resultados llegan:

Ya sabe usted mi idea: no hay que trabajar buscando un resultado pecuniario inmediato. El que solo se mueve por la expectativa de un resultado próximo, ese, o se convierte en un perezoso que no trabaja sino las pocas veces que ese resultado se promete, o, aunque tenga suerte para hallar recompensas inmediatas a su esfuerzo, nunca puede trabajar con plan acertado, ni desarrollar su vida como meditada obra de arte en que desenvuelva el máximun de actividad de que sea capaz. Y al fin de cuentas, la posición social, las ventajas materiales serán menores en el de vida aventurera que en el artífice de su vida⁴.

Aunque Navarro Tomás había decidido rechazar la oferta hecha por la actriz, la respuesta de su maestro le afianzó más en su decisión. De esta forma conti-

³ Carta de Tomás Navarro Tomás a Ramón Menéndez Pidal, Madrid, 2 de agosto de 1907, en David Castillejo (ed.), *Epistolario de José Castillejo Los intelectuales reformadores de España. I. Un puente hacia Europa (1896-1909)*, Madrid, Castalia, 1997, pág. 356.

⁴ Borrador de cara de Ramón Menéndez Pidal a Tomás Navarro Tomás. Fundación Menéndez Pidal. Está recogida en David Castillejo (ed.), *Epistolario de José Castillejo, vol I, Un puente hacia Europa, 1896-1909*, Madrid, Castalia, 1997, pp. 354-358. La cita en p. 357. Leoncio López-Ocón Cabrera, María José Albalá Hernández y Juana Gil Fernández «Las redes de los investigadores del Centro de Estudios Históricos: el caso del Laboratorio de Fonética de Tomás Navarro Tomás», en *El laboratorio de España. La Junta para Ampliación de Estudios e Investigaciones Científicas, 1907-1939*, Madrid, CSIC, 2007, págs. 301-329.

nuó con sus quehaceres filológicos al lado de Menéndez Pidal⁵, que, aunque en ese momento no le garantizaban un buen sueldo, sí le convirtieron con el tiempo en uno de los mejores filólogos en España.

Al igual que a Navarro Tomás, a Américo Castro le costaba encontrar acomodo. Tras pasar unos años en París, estudiando en la Sorbona —se había licenciado en Filosofía y Letras en Granada—, donde vivía con esfuerzo, regresó a Madrid para hacer el doctorado con Menéndez Pidal⁶. En la capital, trabó amistad con el grupo de la Institución Libre de Enseñanza, sobre todo con Francisco Giner y Manuel Bartolomé Cossío. En 1909 escribió una larga carta a este último para hablarle de sus «ocupaciones». Le contaba que estaba preparando unas ediciones de obras clásicas, en concreto *Las moradas* de Santa Teresa, y las comedias de Tirso *El vergonzoso de palacio* y *El burlador de Sevilla* para la colección de Clásicos Castellanos de la editorial La Lectura, y que asistía a un curso que Menéndez Pidal estaba dando en la Institución:

A mis trabajos en dialectología, y a esas ediciones clásicas, quisiera añadir lo que haga en el curso de Pidal en la Institución. Trabajaremos sobre la leyenda de Fernán González; creo que se encargará el maestro de comparar el poema con la parte correspondiente de la inédita *Crónica general de 1344*. Sería hermoso que la Institución elevase siempre más el nivel de su labor científica. A P. Blanco lo he conminado a que nos ayude *especializando*, a fin de que al cabo de algunos años a la sombra de M. Pidal, haya en España, teniendo como Centro la Institución, un núcleo de gente que pueda dar la pauta en esta materia⁷.

⁵ «Piense usted —le decía Menéndez Pidal— por otro lado en su laboriosa colección de documentos aragoneses, en sus modestos viajes por los pobres valles del Pirineo, en el duro yunque de la filología, y en una vida empleada en el constante estudio de un orden de problemas científicos. Y si le vence a usted el cariño y la afición antigua, más que la aventura brillante que pasa, puede usted decidirse con seguridad por mi consejo». Borrador de carta de Ramón Menéndez Pidal a Tomás Navarro Tomás. Fundación Menéndez Pidal. Está recogida en David Castillejo (ed.), *Epistolario de José Castillejo Los intelectuales reformadores de España. I. Un puente hacia Europa (1896-1909)*, Madrid, Castalia, 1997, pág. 358.

⁶ Sobre los años jóvenes de Américo Castro, véase Santiago López Ríos, «Und das leben ist sicherlich grösser als die philologie: Américo Castro y Francisco Giner de los Ríos (1906-1911)», en *Romance Philology*, vol. 68, 2014, págs. 1-22.

⁷ Carta de Américo Castro en Madrid a Cossío en Berlín, de 15 de septiembre de 1909, en David Castillejo (ed.), *Epistolario de José Castillejo Los intelectuales reformadores de España*.

En esta carta, Castro aportaba un dato importante: hacia 1909, antes de la creación del Centro de Estudios Históricos, existían un seminario, que se celebraba en la Institución Libre de Enseñanza, en los que, alrededor de Pidal, se reunían para estudiar temas filológicos un grupo de jóvenes, entre los que estaban el propio Américo, Navarro Tomás y Federico de Onís⁸. Seguramente ese seminario comenzó en la segunda mitad de 1909, tras el regreso de Menéndez Pidal de su viaje por los Estados Unidos, donde ofreció una serie de conferencias en varias universidades de la costa este⁹. Durante su estancia americana, Pidal pensaba en las clases que iba a dar a sus alumnos en la ILE. En un papel con encabezamiento de un hotel de Baltimore, apuntó una serie de requisitos que debía tener. Según escribió en esa hoja, que llevaba el título de «Seminario de filología», en el aula habría un «Gran mapa de España para ir marcando dialectología»; «facsimiles», «sellos, armas», «cuadro sinóptico de historia de España, cronológico», «vistas de Silos, Cardena, Toledo, Granada, Sevilla, Segovia, Salamanca», «tipos regionales (fotografía de Laurent) con vocabulario al pie», «el molino y la carreta, fragua, trajes, el telar, etc. Encargarles a los alumnos cada vez que marchen de vacaciones», «retratos de filólogos modernos y literatos antiguos», «fomentar regalos de alumnos al terminar. Sus trabajos, mapas hechos por ellos sea donaciones de libros u objetos»¹⁰. Destaca de este documento la importancia que ya otorgaba Menéndez Pidal a la dialectología, de ahí la necesidad de los mapas en los que marcar las distintas variantes lingüísticas de la península, así como aquellos elementos que distinguían el léxico de unas regiones de otras a través de los trajes o de los utensilios de trabajo. La historia era otro elemento

I. Un puente hacia Europa (1896-1909), Madrid, Castalia, 1997, pp. 593-596. La cita corresponde a la pág. 595.

⁸ «Los primeros jóvenes que se agruparon alrededor de cada maestro fueron Américo Castro, Federico de Onís y yo mismo, en la de Filología». (Tomás Navarro Tomás, «Don Ramón Menéndez Pidal en el Centro de Estudios Históricos», en *Anuario de las Letras*, Homenaje a Ramón Menéndez Pidal, Universidad Nacional Autónoma de México, 1968-1969, vol. VIII, págs. II.

⁹ Mario Pedrazuela Fuentes, (2020), «Ramón Menéndez Pidal y la difusión del español en los Estados Unidos» en *El legado de Ramón Menéndez Pidal (1869-1968) a principios del siglo XXI*, Inés Fernández Ordóñez (ed.), Madrid, CSIC, 2020, págs. 165-193.

¹⁰ Fundación Ramón Menéndez Pidal.

relevante para los estudios filológicos pidalinos, y para que los estudiantes tuvieran claros los acontecimientos más relevantes de la historia española eran necesario unos cuadros sinóptico y cronológico. Hacía hincapié en los carteles que decoraban la sala con paisajes de lugares representativos, y también con fotografías de filólogos y escritores.

La creación de un centro dedicado a la investigación histórica venía de atrás. En el siglo XIX, al organizar el Cuerpo de Archiveros y Bibliotecarios, que eran los encargados de catalogar todo el material que pasó a poder del Estado debido a las desamortizaciones, se pensó en establecer un aprendizaje especial para aquellos que iban a formar parte de ese cuerpo. Así es como se funda la Escuela de Diplomática, en la que se ofrecía una enseñanza especializada en materia de historia y de lengua. Pero en 1901, con la reforma universitaria, se suprimió esta Escuela y su contenido –varias asignaturas– pasaron a formar parte de la Facultad de Filosofía y Letras que se había reorganizado. De esta forma, España, a diferencia de otros países, como Francia, donde tenían el Collège de France, se quedaba sin un espacio especializado en la formación de futuros historiadores, lingüistas o de cualquier otra rama de las que se llamaba históricas que permitirían conocer mejor ese momento crucial de la historia de España como fue su creación como estado y la evolución de su lengua. Sin embargo, los estudios en la Facultad no ofrecía los resultados esperados, y los estudiantes no salían de ella con una formación sólida. De ahí que cada vez había más voces que pedían la creación de un centro superior de investigación y de trabajo, apartado de la universidad, en el que los alumnos, bajo la supervisión de los grandes expertos en cada una de las materias, pudieran aprender con mayor profundidad la disciplina, en el que se les iniciase en métodos de investigación y se les preparase para dedicarse a ser profesores o investigadores. En este lugar se les enseñaría a través de seminarios, con un trabajo personal y directo, con medios suficientes, una biblioteca adecuada a sus necesidades, publicaciones sistemáticas que muestren sus avances, y un contacto directo con la materia de estudio gracias al trabajo con fuentes originarias, manuscritos guardados en archivos y bibliotecas¹¹.

¹¹ Eduardo Ibarra, «Escuela práctica de estudios históricos», *Cultura Española*, núm 5, 1907, pp. 385-391.

La fundación de la Junta para Ampliación de Estudios fue una buena oportunidad para crear este centro, pero desde distintos ámbitos de la vida política y sobre todo universitaria se opusieron¹². Como dice el profesor López-Ocón «la creación de la Junta para Ampliación de Estudios e Investigaciones Científicas se gestó a lo largo de 1906», gracias a la confluencia de esfuerzos de los institucionistas Francisco Giner de los Ríos y Manuel Bartolomé Cossío, del reconocimiento investigador de Santiago Ramón y Cajal y de los intereses de políticos liberales como Segismundo Moret, Amalio Gimeno o el conde de Romanones¹³. Tanto es así, que en el verano de 1906, antes de crearse la propia JAE, el conde de Romanones le presenta al rey Alfonso XIII un decreto para la creación de un Centro de Estudios Históricos, según salió publicado en la prensa:

El conde Romanones ha puesto a la firma de S. M. El Rey un importante decreto creando un Centro de Estudios Históricos, con el fin de promover las investigaciones científicas de nuestra historia patria en todas las esferas de la cultura¹⁴.

La noticia apareció, sin firma, el 7 de julio de 1906 en el periódico *El Globo*, afín a los intereses de los políticos liberales y del que el conde Romanones fue propietario en algún momento. Su publicación se debió, tal vez, a una manera de presionar para que el decreto se aprobara; a pesar de ello no llegó a las páginas de la *Gaceta*. Hubo de esperar un año para que se creara la Junta para Ampliación de Estudios, y cuatro, hasta mayo de 1910, para la fundación del Centro de Estudios Históricos. La propuesta del decreto publicado en la prensa madrileña en 1906 recogía algunos de los trabajos que realizaría

¹² Para conocer con más detalle estos problemas véase José María López Sánchez, *Heterodoxos españoles. El Centro de Estudios Históricos, 1910-1936*, Madrid, Marcial Pons, CSIC, 2010, y Leoncio López-Ocón Cabrera, «La dimensión educativa del Centro de Estudios Históricos en su etapa fundacional», en *100 años de la JAE. La Junta para Ampliación de Estudios e Investigaciones Científicas en su centenario*, (José Manuel Sánchez Ron y José García-Velasco, eds.), Madrid, Residencia de Estudiantes, 2010, págs. 41-71.

¹³ Leoncio López-Ocón Cabrera, «José Castillejo: entrelazando las hebras de un artífice de la JAE», en *Tiempos de investigación: JAE-CSIC, cien años de ciencia en España* (Miguel Ángel Puig Samper, ed.) Madrid: CSIC, 2007, pp. 77-86.

¹⁴ *El Globo*, 7 de julio de 1906.

este Centro y que después aparecieron en el decreto de 1910, como el de investigar las fuentes y preparar la publicación de ediciones críticas de documentos inéditos, organizar misiones científicas, excavaciones y expediciones para el estudio de monumentos, documentos, dialectos, etc., inicial a un grupo de alumnos en métodos de investigación, mantener relaciones con los pensionados, formar un biblioteca para los estudios históricos y mantener intercambios con centros de otros países.

Desde al ámbito universitario, la oposición a la creación del Centro fue grande. En el campo del estudio de la lengua y la literatura, uno de los que más se opuso fue el catedrático de la Universidad Central Antonio Sánchez Moguel. Así lo reconoce Manuel Gómez Moreno en sus recuerdos de los inicios del Centros: «La serie de obstáculos y dificultades con que ello tropezó; los asaltos de la Universidad Central, manejada por el gran faraute Sánchez Moguel y el presuntuoso Bonilla»¹⁵. También Federico de Onís, en una carta a su maestro Miguel de Unamuno, se quejaba de los tejemanejes que Sánchez Moguel realizaba para que la creación del Centro no saliese adelante: «El mayor enemigo del Centro histórico es Moguel porque no puede sufrir que M. Pidal produzca y él sea impotente»¹⁶. Moguel fue profesor de Menéndez Pidal en la universidad, al que le recriminaba estudiar el manual de Fredrich Diez para preparar sus exámenes. En aquellos años ochenta del siglo XIX, este catedrático había publicado un artículo hablando de los avances que se habían producido en el ámbito de los estudios lingüísticos en Europa y cómo España se había quedado al margen¹⁷. Por esa razón, a lo largo de esa década, realizó un viaje, enviado por el Gobierno, por las principales universidades y centros de investigación de Europa con la idea de crear un centro de estudios lingüísticos en España¹⁸. Años después, ya en el siglo XX, cuando se estaba tratando de crear dentro de la JAE el Centro de Estudios Históricos, Sán-

¹⁵ Manuel Gómez Moreno, «El mismo de 1907» en *ABC*, 14 de marzo de 1959.

¹⁶ Federico de Onís, Unamuno en Salamanca. Cartas y recuerdos, Salamanca: Universidad de Salamanca, 1988, pp. 89-90.

¹⁷ Antonio Sánchez Moguel «España y la filología, principalmente neo-latina», *Revista Contemporánea*, t. XXV, 1880, pp. 188-205.

¹⁸ *Discursos dados ante la Real academia de la historia en la recepción pública de D. Antonio Sánchez Moguel el día 8 de diciembre de 1888*, Madrid: Viuda de Hernando 1888, p. 54. Lo cuenta Eduardo Saavedra en el discurso de contestación.

chez Moguel, aprovechando la relación estrecha que tenía con los gobiernos conservadores, hizo todo lo posible para que el proyecto no saliera adelante¹⁹. Proponía crear una escuela de estudios históricos que estuviera vinculada o bien a la universidad o bien a la Academia de Historia, de la que era miembro y de esta manera tener su control: «Ahora parece que el Sr. Sánchez Moguel –le contaba Gómez Moreno en una carta a su hijo– quiere darle otro giro a la cosa haciéndola como dependiente de la Academia de la Historia, sin duda para que los Sres Académicos mangoneen de lo lindo; y una institución que parece lleva savia nueva vaya a parar a uno de esos cuerpos momificados y rancios de mucho prestigio, compuesto de personas doctas y de valer pero de una acción lenta en demasía, sin esa actividad que requiere el estado y la marcha de los estudios e investigaciones que hoy se llevan a cabo»²⁰.

Finalmente, tras superar todos los escollos, el Centro de Estudios Históricos se crea en marzo de 1910. Una de las primeras actividades que organizó fue unos cursos de formación, para los que la Junta ofreció un lugar donde darlos, además de libros y materiales necesarios. Estos seminarios estaban enfocados a la realización de trabajos de investigación, y, en el caso de que fuera posible, a publicaciones. La Junta invitó como directores a distintos especialistas en ramas diferentes del conocimiento «histórico», como se llamaba entonces. Los elegidos fueron Rafael Altamira, Miguel Asín, Manuel Gómez Moreno, Eduardo Hinojosa, Ramón Menéndez Pidal, Julián Ribera y Felipe Clemente de Diego. También se hizo la oferta a Joaquín Costa, que ya se encontraba enfermo, y a Marcelino Menéndez Pelayo, que la denegó por sus ocupaciones, y que fallecería poco tiempo después, en 1912²¹.

¹⁹ «Se habló de la oposición que contra el Centro fomentan Sánchez Moguel y un Pérez Guzmán, y aunque este ministro [se refiere a Julio Burell y Cuéllar] es un necio y Moguel tiene mucha vara alta con él, no se teme que logren lo que pretenden; o sea que el Centro dependa de la Academia de la Historia». Carta de Manuel Gómez Moreno a su mujer, Madrid, 1 de julio de 1910, recogida en *Epistolario de José Castillejo y de Manuel Gómez Moreno II. El espíritu de una época 1910-1912*, David Castillejo (ed.), Madrid, Castalia, p. 146.

²⁰ Carta de Manuel Gómez Moreno a su hijo, Granada, 6 de julio de 1910, recogida en *Epistolario de José Castillejo y de Manuel Gómez Moreno II. El espíritu de una época 1910-1912*, David Castillejo (ed.), Madrid, Castalia, pp. 155-156.

²¹ Véase, entre otros, Leoncio López-Ocón Cabrera, «La dimensión educativa del Centro de Estudios Históricos en su etapa fundacional», en *100 años de la JAE. La Junta*

Ramón Menéndez Pidal fue el primero en comenzar el seminario. Sin embargo, la vida de Menéndez Pidal, Navarro Tomás y Américo Castro converge antes, entre 1907 y 1908, seguramente en las clases de doctorado de la Universidad Central, o, como contaba Castro, en el curso que el maestro enseñaba en la Institución. La relación entre Tomás Navarro Tomás y Menéndez Pidal ya existía, como hemos visto en la carta anterior, en el verano de 1907, incluso de antes. Unos meses después de rechazar la generosa oferta de trabajo, en noviembre, Navarro Tomás fue uno de los primeros becados de la recién creada Junta para Ampliación de Estudios para estudiar los dialectos del alto Aragón. Desde las tierras aragonesas le escribe a su maestro para contarle cómo avanzan sus investigaciones²². Fruto de aquel viaje fue su primera publicación filológica aparecida en las memorias de la JAE. Hacia 1908, Américo Castro se había instalado en Madrid tras abandonar París. Se apuntó al curso de doctorado de la Universidad Central donde coincidió con Pidal, y fue profesor en los cursos para alumnos franceses que algunas universidades del país vecino organizaban en Burgos y en Madrid, donde también enseñaba su maestro. Completaba el terceto Federico de Onís, que había llegado a la capital desde Salamanca, donde, Miguel de Unamuno, que era

para Ampliación de Estudios e Investigaciones Científicas en su centenario, (José Manuel Sánchez Ron y José García-Velasco, eds.), Madrid, Residencia de Estudiantes, 2010, págs. 41-71. Gómez Moreno aclaraba en qué consistían algunas de estas aportaciones: «En cambio se habló de que Menéndez Pelayo ofrece para el Centro un estudio, que dicen podrá ser lo mejor suyo, sobre Fr. Luis de León; Altamira ofrece otro trabajo y quizá largo de lecciones sobre historia contemporánea; a Costa se pedirá algo que pueda publicar, y ha también varios colaboradores para publicar documentos antiguos». Carta de Manuel Gómez Moreno a su mujer, Madrid, 1 de julio de 1910, recogida en *Epistolario de José Castillejo y de Manuel Gómez Moreno II. El espíritu de una época 1910-1912*, David Castillejo (ed.), Madrid, Castalia, pp. 145-146.

²² Carta de Tomás Navarro Tomás a Ramón Menéndez Pidal, 1 de noviembre de 1907. Archivo Fundación Ramón Menéndez Pidal. En esta carta, Navarro le cuenta los lugares que ha visitado y las dificultades que encuentra en los archivos: «El archivo del ayuntamiento [Boltaña] fue destruido cuando la guerra carlista; lo quemaron en medio de la plaza; el parroquial solo tiene documentos del s. XVI, los más antiguos; en la notaría los protocolos de más fecha tampoco se remontan a más de 1500; solo en una casa particular que llaman “casa del notario” encontré unas hojas de protocolos de 1400 de las cuales saqué algunas notas».

su profesor, le recomendó que, si quería profundizar en los temas filológicos, tenía que hacer su tesis con Menéndez Pidal. En 1908, Onís escribió a su director de tesis para contarle cómo avanzaba en sus investigaciones, que en aquel momento estaba transcribiendo «en la forma que usted me indicaba 99 documentos» de la catedral de Salamanca²³.

Podemos considerarlos a estos cuatro el núcleo central de la sección de Filología del Centro de Estudios Históricos, y seguramente fueron ellos los que se reunían en aquel seminario de la ILE. A partir de 1910, cuando la Junta para Ampliación de Estudios, después de tres años paralizada por los gobiernos conservadores, creó el Centro de Estudios Históricos, las reuniones se hicieron ya bajo la tutela institucional de la JAE²⁴. De esta manera, el curso que desde hacía un tiempo se venía impartiendo en la Institución Libre de Enseñanza, situada en el paseo del Obelisco (hoy calle del General Martínez Campos) se trasladó a la glorieta de Bilbao, que era donde la JAE tuvo sus primeras dependencias. Dos meses después de la fundación del Centro, el 23 de mayo, Ramón Menéndez Pidal comenzó las clases en la sección dedicada a los estudios filológicos, según le contaba Manuel Gómez Moreno a su mujer: «Hoy empieza M. Pidal sus estudios y pienso ir allí». El propio Gómez Moreno asistió a aquella primera clase, como le anunciaba a su esposa, que fue en uno de los archivos. Años después, en 1959, en un artículo publicado en *ABC* sobre Menéndez Pidal, recordaba Gómez Moreno cómo fue aquella primera clase: «En cuanto a don Ramón, se inauguraron sus lecciones el día 23 de mayo, sobre la historia del español, presentando fotografías de las “Glosas silenses”, vistas con gran sorpresa mía y preludio del descubrimiento de las “Emilianenses”, que fueron pronto a sus manos»²⁵. En la carta a su mujer, le contaba que aquella lección inaugural del Centro habían asistido

²³ El título de la tesis era *Contribución al estudio del dialecto leonés. Examen filológico de algunos documentos de la catedral de Salamanca*. Carta de Federico de Onís a Ramón Menéndez Pidal, Salamanca, 22 de marzo de 1908. Archivo Fundación Ramón Menéndez Pidal.

²⁴ Sobre la creación del Centro de Estudios Históricos, véase José María López Sánchez, *Heterodoxos españoles. El Centro de Estudios Históricos, 1910-1936*, Madrid, Marcial Pons, CSIC, 2010.

²⁵ Manuel Gómez Moreno, «El mismo de 1907» en *ABC*, 14 de marzo de 1959. Hemos de recordar que Gómez Moreno fue el primero que halló las glosas emilianenses y publicó una de ellas, después fue Menéndez Pidal quien las estudió en *Orígenes del español*.

cuatro o cinco alumnos de Pidal, y que «luego salí con ellos, hablando con estos alumnos, que uno es granadino, un tal [Américo] Castro, que irá a la provincia de Zamora, y el otro que es fino y simpático [¿Navarro Tomás?], a la de León»²⁶. Pero según recordaba tiempo después en aquel artículo del *ABC*, don Ramón no estaba muy contento con esos alumnos: «Él andaba al principio descorazonado, no esperaba mucho fruto de sus discípulos, que, en cambio, no le dejaban tiempo para nada». Llama la atención esa reacción de Menéndez Pidal ante sus alumnos, a los que ya conocía de tiempo atrás, y que después se convirtieron en sus grandes colaboradores y amigos.

Por los datos que nos ofrecía Gómez Moreno, es muy posible que a aquellos primeros cursos del Centro de Estudios Históricos acudieran Tomás Navarro Tomás, Américo Castro, a los que nombra, y en las ocasiones en que estaba en Madrid, Federico de Onís. Quizá también Justo Gómez Ocerín, Pedro González Magro y Federico Ruiz Morcuende. Menéndez Pidal se convirtió muy pronto en el maestro de todos ellos, además de en un hermano mayor:

Crea usted que para todos los jóvenes –le escribía Federico de Onís– que hoy empezamos a estar unidos en un ideal común es usted –con todos los derechos y honores de padre– un hermano mayor que nos ha abierto el camino seguro por donde hay que marchar. Y si hay algo que nos pueda dar ánimos y esperanza es pensar que le falta a usted por vivir lo mejor de su vida²⁷.

Américo Castro volvía a hacer hincapié en esa necesidad que tenían los jóvenes con ganas de progresar y de investigar de encontrar buenos guías en las generaciones precedentes que les condujeran por la senda correcta del trabajo bien hecho:

Hemos de procurar que nuestra fuerza, la de los principiantes, se convierta toda –poca o mucha, claro– en trabajo útil. Usted, Pidal, Hdez. Pacheco podrían formar la cúspide de lo que en España –y fuera– se hiciese en

²⁶ Carta de Manuel Gómez Moreno a su mujer, Madrid, 25 de mayo de 1910, en David Castillejo (ed.) *Los intelectuales reformadores de España. Epistolario de José Castillejo y de Manuel Gómez-Moreno. II. El espíritu de una época. 1910-1912*, Madrid, Castalia, 1998, pág. 257.

²⁷ Carta de Federico de Onís a Ramón Menéndez Pidal, 16 de octubre de 1912. Archivo Federico de Onís, Residencia de Estudiantes de Madrid.

sus respectivos dominios. A su lado vendrían una serie de muchachos, que caldeados continuamente por tanto ideal, quizá lograsen en algunos años levantar el pobre papel español. Sin caer en la patriotería de Unamuno y Mariano de Cavia²⁸.

ORGANIZACIÓN DE LA SECCIÓN DE FILOLOGÍA DEL CENTRO DE ESTUDIOS HISTÓRICOS

En 1896, Menéndez Pidal participó en los Cursos de Educación Superior del Ateneo de Madrid con unas clases sobre el origen de la lengua. El curso lo estructuró de la siguiente manera: 1) Formación y origen de las lenguas románicas, en concreto, del castellano, a partir del estudio de cartas puebla de Oviedo y Avilés. 2) Estudio de textos literarios: el *Poema de mio Cid*, *El auto de los Reyes Magos* y *La disputa del alma y el cuerpo*. 3) División geográfica de las diversas lenguas de la Península²⁹.

Esa organización no fue muy diferente de la que puso en práctica en el seminario del Centro. Si acudimos a la Memoria de la JAE de 1910-11, comprobamos que los temas lingüísticos y literarios en los que se basaban sus investigaciones eran los siguientes:

- Estudio del origen de la lengua castellana: Estudio filológico de los primeros monumentos de la lengua en leonés, castellano y aragonés. Selección, crítica y copia de documentos diplomáticos existentes en el Archivo Histórico Nacional, así como documentos de archivos de otras ciudades.

- Fonética y dialectología: Repartición geográfica de los principales rasgos fonéticos del dialecto leonés. Excursión filológica a las provincias del antiguo reino de Aragón. Creación de un Laboratorio de fonética.

- Literatura: Trabajos con textos literarios: *Auto de los Reyes Magos*, *Glosas silenses*; Arcipreste de Hita, *Rimado de Palacio*, Juan de la Encina, discursos

²⁸ Carta de Américo Castro en Madrid a Cossío en Berlín, de 15 de septiembre de 1909, en David Castillejo (ed.), *Epistolario de José Castillejo Los intelectuales reformadores de España. I. Un puente hacia Europa (1896-1909)*, Madrid, Castalia, 1997, págs. 595.

²⁹ Mario Pedrazuela Fuentes, *El orden de las palabras. Orígenes de la filología moderna en España*, Madrid, Marcial Pons, CSIC, 2021, p. 103-104.

políticos del rey Martín de Aragón. Colección de comedias inéditas de teatro antiguo (*La serrana de la Vera* de Vélez de Guevara, y *La comedia de la Zarzuela*, del ldo. Reyes Mejía de la Cerda)³⁰.

En los dos primeros años de vida, el nombre de la sección era «Orígenes de la lengua española», al igual que aquel curso ofrecido por don Ramón en el Ateneo, después pasó a llamarse «Estudios sobre textos literarios e históricos españoles», hasta que en la memoria de la JAE de 1916 aparece como «Filología», nombre que mantuvo hasta el final. A partir de ese momento comenzó a estructurarse en diferentes subsecciones o líneas de trabajo. Cada una equivalía a una disciplina en las que se abordaban aspectos concretos de la lengua y de la literatura, cuyo estudio se empezaba a desgajar en diferentes materias que ofrecían resultados más concretos para descubrir la evolución lingüística. Muchas de estas materias, con el tiempo, pasaron a convertirse en asignaturas universitarias en la facultad de Filosofía y Letras. Así en Documentos lingüísticos se estudiaba la historia de la lengua; en el Laboratorio fonético, la fonética y la dialectología que se consagró con el Atlas Lingüístico de la Península Ibérica; en Glosario, los estudios lexicográficos, en Teatro Antiguo Español, Estudios de historia literaria y Textos literarios de la Edad Media, la historia de la literatura; la etnografía y las tradiciones, en la subsección de Folclore, y los textos latinos, en la de Edición de textos hispanolatinos.

En el siguiente cuadro, a partir de la documentación publicada en las memorias de la JAE, se muestra la evolución de estas subsecciones, que, en los 26 años de vida del Centro, se mantuvieron más o menos fijas, con algunos cambios, que a veces tan solo afectaban al nombre.

AÑOS	1914-15	1916-17	1918-19	1920-21	1922-24
1	Col. de docs. lingüísticos	Col. de docs. lingüísticos	Col. de docs. lingüísticos - Edad Media	Estudios lingüísticos	Estudios lingüísticos
2	Teatro ant. español	Teatro ant. español	Teatro ant. español	Teatro ant. español	Teatro ant. español

³⁰ Segismundo Moret, *Memoria del Ateneo Literario y Artístico de Madrid*, 1896, Madrid, Sucesores de Rivadeneyra.

3	Textos lit. Edad Media	Textos lit. Edad Media	Textos lit. Edad Media	Textos lit. Edad Media	Textos lit. Edad Media
4		Estudios de historia lit.	Estudios de historia lit.	Estudios de historia lit.	Estudios de historia lit.
5	Glosario	Glosario	Glosario	Glosario	Glosario
6	Edición de textos hispanolat.	Edición de textos hispanolat.	Edición de textos hispanolat.	Edición de textos hispanolat.	Edición de textos hispanolat.
7	Laboratorio de Fonética	Laboratorio de Fonética	Laboratorio de Fonética	Laboratorio de Fonética	Laboratorio de Fonética
8	Mapas geográficos - España medieval	Mapas geográficos - España medieval	Mapas geográficos - España medieval	Mapas geográficos - España medieval	
9		Trabajos de folklore	Folklore	Folklore	Folklore
10	Revista de filología española	Revista de filología española	Revista de filología española	Revista de filología española	Revista de filología española
11	Bibliografía	Bibliografía gral. de lengua y literatura	Bibliografía gral. de lengua y literatura	Bibliografía	
12					
13					
14					
15					

AÑOS	1925-27	1926-1928	1929-30	1931-32	1933-34
I	Estudios lingüísticos	Estudios lingüísticos	Estudios lingüísticos	Estudios lingüísticos	Estudios lingüísticos

2	Teatro ant. español	Teatro ant. español	Teatro ant. español		
3	Textos lit. Edad Media	Textos lit. Edad Media	Textos lit. Edad Media		
4	Estudios de historia lit.	Estudios de historia lit.	Estudios de historia lit.		
5	Glosario			Corpus glossarium	Corpus glossarium
6	Escritores hispanolat.	Escritores hispanolat.	Escritores hispanolat.		Escritores hispanolat.
7	Laboratorio de Fonética	Laboratorio de Fonética	Laboratorio de Fonética	Laboratorio de Fonética	Laboratorio de Fonética
8					
9	Folklores	Floklore	Folklore	Folklore	Folklore
10	Revista de filología española	Revista de filología española	Revista de filología española	Revista de filología española	Revista de filología española
11			Bibliografía	Bibliografía	
12	Historia	Historia	Historia		
13			ALPI	ALPI	ALPI
14				Archivo de la palabra	Archivo de la palabra
15					Tradic. Populares

La vida de estas subsecciones dependía en gran medida del filólogo encargado de trabajar en ella, esto provocaba que tuvieran cierta inestabilidad,

debido a la situación laboral tan poco definida que tenían los colaboradores del Centro. De ahí que se mantuvieran aquellas cuyo responsable tenía una posición más estable. Ese fue el caso de la de «Colección de documentos lingüísticos de la Edad Media», que en los años veinte cambió de nombre por «Estudios lingüísticos». Al frente de la cual estaba Ramón Menéndez Pidal, de ahí que podamos considerarla como la más relevante de todas. Su misión era la realización de un «estudios filológico de los primeros monumentos de la lengua en los diversos dialectos leonés, castellano y aragonés para la publicación de una Crestomatía del español antiguo». Para llevarlo a cabo era necesario un acopio importante de documentos escritos del español antiguo, en lo que llamaron *Colección de documentos lingüísticos de los siglos XI a XV*. También se mantuvo a lo largo del tiempo el «Laboratorio de Fonética», dirigido por Tomás Navarro Tomás, al que, a partir de 1931, se sumaron otros proyectos muy próximos, como fueron el «Atlas Lingüístico de la Península Ibérica» y «Archivo de la Palabra». Desde su fundación, en 1914, la *Revista de Filología Española* estuvo presente entre las actividades de la sección de Filología; a ella se entregaron todos los filólogos del Centro. A partir de 1915, Américo Castro puso en marcha, en el proyecto de «Glosario», la elaboración de un Diccionario de la lengua castellana hasta finales del siglo xv. A estos trabajos se sumó, en 1922, la realización de un Corpus Glosariorum, encargado a Samuel Gili Gaya, que a finales de los años veinte se marchó a dar clases a Puerto Rico y Estados Unidos, por lo que la subsección se interrumpe, retomándose, con nuevo nombre –Corpus Glosariorum– a su regreso a principios de la década de 1930. Algo parecido sucedió con «Bibliografía», en la que desde que comenzó su actividad, en 1914, Federico de Onís estuvo al frente ayudado de Antonio García Solalinde. Dos años después, Onís viajó a Nueva York para hacerse cargo de una cátedra de Lengua y Literatura españolas en la Universidad de Columbia, y Solalinde pasó a dirigirla con el apoyo de Alfonso Reyes, que acaba de llegar a Madrid. Estos trabajos se mantuvieron hasta que en 1924, Solalinde aceptó una oferta de la Universidad de Wisconsin. Las actividades bibliográficas se retomaron con la llegada de Homero Serís³¹.

³¹ Quirós García, Mariano, (2015), «“El pueblo que se aísla no tiene derecho a vivir”. La sección de Bibliografía de la Revista de Filología Española», en *La ciencia de la palabra*. Cien

Uno de los trabajos más importantes desde los orígenes de la sección fueron los de «Edición de Textos Hispanoamericanos» en los que estuvo muy vinculado el padre Zacarías García Villada. Tras su marcha, en 1925, la sección quedó algo paralizada, hasta que en los años treinta se retoma con el nombre de «Estudios latinos», y la incorporación del latinista italiano Giuliano Bonfante.

Otra subsección que tuvo estabilidad fue la de «Folklore» desde que en 1915 la creara Eduardo Martínez Torner. Hubo otras tres que finalizaron con la llegada de los años treinta, fueron las de «Teatro Antiguo Español», «Textos literarios de la Edad Media» y «Estudios de Historia Literaria». En estas subsecciones no existía un responsable directo, sino que participaban todos los colaboradores con la publicación de ediciones de obras clásicas y de estudios filológicos. «Mapas geográficos de la España Medieval» estaba muy vinculada a Pedro González Magro; tras su fallecimiento, en 1917, Simón Escoda se hizo cargo del proyecto, hasta que desapareció en 1922.

A ellas hay que añadir los cursos para extranjeros que se ofrecían cada verano en la Residencia de Estudiantes a aquellos que quisieran aprender o profundizar en el conocimiento del español³².

La relevancia que adquirió la Filología fue tan grande en los años republicanos que fue necesario crear dos nuevas secciones con las que abarcar todo su campo de estudio. En 1932 se fundó Archivos de Literatura Española Contemporánea, dirigida por Pedro Salinas, y uno de cuyos grandes frutos fue la revista *Índice Literario*, en la que se analizaban las obras literarias más recientes. Américo Castro dirigió, entre 1935 y 1936, la sección Hispanoamericana, que editó la revista *Tierra Firme*³³.

años de la Revista de Filología Española, Pilar García Mouton y Mario Pedrazuela Fuentes (eds.), Madrid, CSIC, 2015, págs. 209-233.

³² Mario Pedrazuela Fuentes, «Ramón Menéndez Pidal y la difusión del español en los Estados Unidos», en *El legado de Ramón Menéndez Pidal (1869-1968) a principios del siglo XXI*, Inés Fernández Ordóñez (ed.), Madrid, CSIC, 2020, págs. 165-193.

³³ Salvador Bernabéu Albert, «El americanismo en el Centro de Estudios Históricos. Américo Castro y la creación de la revista *Tierra Firme* (1935-1937)», en *De las independencias al bicentenario*, Adriana Llus i Vidal-Folch, Gabriela Dalla Corte Caballero, Ferran Camps Plana (coords), Barcelona, 2006, págs. 47-70.

LOS COLABORADORES DE LA SECCIÓN DE FILOLOGÍA
DEL CENTRO DE ESTUDIOS HISTÓRICOS

Para poder llevar a la práctica todos los proyectos era necesario un grupo numeroso de especialistas. La de Filología fue la sección del Centro de Estudios Históricos con más colaboradores. Desde 1910 hasta 1936 pasaron por ella unos cien filólogos, si hacemos caso a las memorias de la Junta para Ampliación de Estudios. De todos ellos, tan solo Américo Castro y Tomás Navarro Tomás se mantuvieron trabajando junto a Ramón Menéndez Pidal durante los 26 años de vigencia del Centro. Ellos tres fueron los pilares en los que se sustentaban las investigaciones filológicas. Otra figura importante fue Federico de Onís. A pesar de que se marchó temprano a los Estados Unidos, en 1916, estuvo muy unido al CEH y siguió participando en sus actividades. Tanto Solalinde como Onís siempre figuraron como miembros del Centro, a pesar de llevar varios años fuera de España. Ellos cuatro, junto a don Ramón, fueron el núcleo principal. Así se lo decía Castro a Onís: «Ante todo confía en nosotros, los cuatro (don Ramón, Navarro, Solalinde y yo) somos para ti lo que tus hermanos ideales podrían ser»³⁴.

La gran mayoría eran hombres; tan solo contamos unas diez mujeres. La primera fue la alemana-portuguesa Carolina Vasconcellos, que hacia 1912 preparaba una edición facsímil de *Teatro portugués del s. XVI*, y que en 1922 publicó, bajo el sello del Centro, *Autos portugueses de Gil Vicente y de la escuela vicentina*. Paula Blanchard-Demouge aparece relacionada con el Centro entre 1910 y 1912; después se la considera colaboradora externa. En 1913 hizo una edición de las *Guerras civiles de Granada*, de Pérez de Hita, que publicó el Centro de Estudios Históricos. En el Laboratorio de Fonética, junto a Navarro Tomás, estuvo María Luisa Navarro Margati, que fue profesora en el Colegio Nacional de Sordomudos y Ciegos de Madrid, y que enseñó en los cursos para extranjeros. También colaboró en estos cursos Matilde Huici como secretaria y encargada de la propaganda del curso. Era maestra de la sección preparatoria del Instituto-Escuela. Estos cargos los tuvo que dejar al ser nombrada inspectora de Primera Enseñanza en Canarias; en 1924, le fue concedida una beca

³⁴ Carta de Américo Castro a Federico de Onís, Madrid, 26 de abril de 1923. Archivo Federico de Onís. Residencia de Estudiantes (Madrid).

de la JAE para estudiar la delincuencia juvenil en los Estados Unidos, donde fue profesora en Middlebury College. Carmen Fontecha fue la siguiente en sumarse al Centro, lo hizo en 1924, y su nombre aparece entre la nómina de colaboradores hasta 1935. Ayudó a Américo Castro en la realización del Glosario. Fruto de ese trabajo, después de la guerra, en 1941, salió publicado, ya bajo el sello del Consejo Superior de Investigaciones Científicas, *Glosario de voces comentadas en ediciones de textos clásicos*. En la década de los años treinta, con la llegada de la Segunda República, fue cuando más mujeres entraron a formar parte del CEH: Enriqueta Hors Bresmes, Rosa Castillo, María Galvarriato, Julia Rodríguez Danielowski y Pilar Storch. Enriqueta Hors contribuyó a la elaboración de la *Crestomatía del español medieval*, con Menéndez Pidal y Rafael Lapesa, y fue profesora de los cursos para extranjeros y profesora aspirante en el Instituto-Escuela, entre 1930 y 1933, hasta que consiguió, en 1935, una cátedra en el Instituto de Figueras. María Galvarriato, hermana de Eulalia, la que fuera esposa de Dámaso Alonso, ayudó en el Centro sobre todo en la sección de Archivo de Literatura Contemporánea Española, creada en 1932, y dirigida por Pedro Salinas, en la que también lo hizo María Josefa Canellada, esposa de Alonso Zamora Vicente, y con el tiempo se convirtió en una gran fonetista.

Muchos de los colaboradores nacieron en la década de 1880 y 1890 y entraron en el Centro una vez se habían licenciado, cuando comenzaban los estudios de doctorado, es decir, que se encontraban en plena etapa de formación, al tiempo que buscaban alguna salida profesional. Esto provocaba que la mayoría fueran aves de paso, que trabajaron en los temas filológicos del Centro hasta que consiguieron una estabilidad laboral, que solía venir con la aprobación de unas oposiciones como profesor de instituto, o en el cuerpo de Archiveros, Bibliotecarios y Archeólogos, lo que suponía su marcha de Madrid, pues las plazas de la capital estaban muy solicitadas.

La década de 1910: años de formación y estabilización de proyectos

Los primeros ayudantes de Ramón Menéndez Pidal fueron aquellos que participaron en el seminario inicial. Su trabajo se centró en la recopilación de documentos lingüísticos medievales. En 1911, Tomás Navarro Tomás hizo un viaje recorriendo varios archivos de La Rioja, mientras que Américo

Castro visitó los de la zona de Zamora. Por su parte Federico de Onís, junto con Castro, publicó una colección de fueros leoneses. También aparece ya la figura de Antonio García Solalinde, que había llegado desde Toro a la Residencia de Estudiantes, y que comenzó a preparar una edición de la *General Estoria* de Alfonso X. A ellos tenemos que añadir Federico Ruiz Morcuende³⁵, alumno de Pidal en la Universidad Central, que realizó varias transcripciones de documentos y estudios de varias obras, como un códice de la *Crónica de veinte reyes*, de El Escorial, y el *Libro de Alexandre*, de la BNE, y Justo Gómez Ocerín, que participó activamente en la colección de Teatro Clásico Español, con la publicación de *El remido en la desdicha* y *El mejor alcalde el rey*, de Lope de Vega, y *El rey en su imaginación* de Vélez de Guevara. Pedro González Bravo publicó un importante artículo sobre la delimitación geográfica de las antiguas merindades de Castilla.

A ellos hay que sumar una serie de estudiosos cuya vinculación con el Centro era de tipo circunstancial –se los consideraba externos–, al encontrarse fuera de Madrid, pero que ayudaron a recuperar varias obras antiguas. Fue el caso de la ya citada Paula Blanchard; el sacerdote navarro Mariano Arigitia, que editó el *Cartulario del rey Felipe II de Francia*; Eduardo Jusue Fernández, historiador cántabro, que publicó *Cartulario de la Abadía de Santillana del Mar*; Julián Paz y Espeso, que estudió varios catálogos de Simancas, y Antonio de la Torre, catedrático en las universidades de Valencia y Barcelona, que editó el *Memorial de la vida de fray Francisco Jiménez de Cisneros* de Juan de Vallejo.

En 1912 se incorporó el padre Zacarías García Villada que se dedicó al estudio de los textos latinos, otorgando un gran impulso a estos trabajos que se englobaron bajo el nombre de «Edición de textos hispanolatinos». Contó con el apoyo de Miguel Artigas, bibliotecario entonces de la Biblioteca Nacional hasta que 1915 lo fue nombrado de la Sociedad Menéndez Pelayo, en Santander, y Eduardo García de Diego, que era catedrático en el

³⁵ «Hay un poeta que debutó brillantemente con un buen libro –Federico Ruiz Morcuende que, por resistirse a dejarse explotar por los editores, ha tenido que dejar la literatura pura y refugiarse en la erudición, bajo los auspicios de don Ramón Menéndez Pidal, del que es alumno en su Laboratorio de fonética Románica». Rafael Cansinos Assens, *La novela de un literato*, 3, Madrid, Alianza Editorial, 2005, p. 194.

Instituto de Baeza. Poco tiempo después se sumó Benito Sánchez Alonso, bibliotecario de la JAE, que trabajó en la *Crónica de don Pelayo*.

A partir de 1914, la sección de Filología logró asentarse como una de las punteras del Centro y convertirse en una de las principales escuelas filológicas europeas del momento gracias a la fundación de la *Revista de Filología Española*. La revista se convirtió en portavoz de los trabajos filológicos que realizaban en el Centro, y les puso en contacto con filólogos de todo el mundo, al tiempo que les abrió la posibilidad del intercambio de publicaciones con otros centros de investigación y universidades de diferentes países. El cambio que se produjo en la sección fue grande y afectó a los colaboradores que encontraron en la *RFE* otro medio para conseguir ingresos. A cambio de los artículos o reseñas que publicaban en ella, en los que mostraban los avances de las actividades que estaban realizando, recibían una pequeña compensación económica³⁶. También fue otra fuente de ingresos la preparación de obras clásicas del teatro español que se publicaron en ediciones lo más ajustadas a la original, con anotaciones e introducción explicativa en la serie Teatro Antiguo Español. Algo similar sucedió, años después, a partir de 1922, con la Biblioteca Literaria del Estudiante, una colección que pretendía acercar a los bachilleres, sobre todo del Instituto-Escuela, las obras clásicas de la literatura española³⁷.

De los proyectos de la sección, el más relevante seguía siendo «Colección de documentos lingüísticos», que era en el que participaban más jóvenes filólogos. En 1914 nacen dos nuevas subsecciones, la de «Glosario», con Américo Castro, y «Bibliografía», que dirige Federico de Onís, quien contó con la ayuda Jesús González del Río, que comenzó una edición de la *Gran conquista de ultramar*, y de Alfonso Reyes recién llegado de México, de donde había tenido que salir en 1914 —vía París— por la situación política que vivía su país³⁸. Tras la marcha de Federico de Onís a la Universidad de Columbia, se hizo

³⁶ Sobre la *RFE*, véase, José Ignacio Pérez Pascual, «Breve historia de la *Revista de Filología Española*», en *La ciencia de la palabra. Cien años de la Revista de Filología Española*, Pilar García Mouton y Mario Pedrazuela Fuentes (eds.), Madrid, CSIC, 2015, págs. 91-141.

³⁷ Véase, Mario Pedrazuela Fuentes, «La Biblioteca Literaria del Estudiante», *Arbor*, vol. 187, nº. 749, 2001, págs. 547-560.

³⁸ Mario Pedrazuela Fuentes, «Alfonso Reyes y la filología: del Centro de Estudios Históricos y la *Revista de Filología Española* al Colegio de México y la *Nueva Revista de Filología Hispánica*», *Nueva Revista de Filología Hispánica*, LXIII, 2015, núm. 2, págs. 445-468.

cargo de los trabajos bibliográficos García Solalinde, que también contó con el apoyo, durante poco espacio de tiempo, de Emilio Alarcos García –padre de Emilio Alarcos Llorach–, que, al obtener una plaza en la Universidad de Valladolid, tuvo que dejar el Centro. Algo más continuada fue la participación de José Colás, que realizó un estudio sobre un índice analítico de las obras de Menéndez Pelayo, y un catálogo crítico de revistas literarias de la generación del 98. Por su parte, Germán Arteta Errasti elaboró un índice de las colecciones de revistas existentes en las bibliotecas de Madrid, pero en 1928 tuvo que ausentarse al obtener una plaza en el Instituto de Cangas de Onís.

Otra fecha importante en la sección de Filología del Centro de Estudios Históricos fue 1916. Ese año Federico de Onís se marchó a la Universidad de Columbia como catedrático de Lengua y Literatura españolas. La Primera Guerra Mundial, en la que tanto España como los Estados Unidos se mantuvieron neutrales, provocó que los establecimientos educativos estadounidenses impulsaran la enseñanza del español como lengua extranjera en detrimento de la alemana, francesa o italiana, que eran las más demandadas, debido a su implicación tan directa en la guerra. La contienda europea hizo que las relaciones comerciales de los Estados Unidos con Europa se vieran interrumpidas, lo que motivó que el país americano mirara hacia sus vecinos de continente para iniciar contactos de tipo comercial con ellos, lo que exigía un conocimiento de su lengua y su cultura. Esto provocó que surgiera una gran cantidad de solicitudes de profesores y lectores de español en las universidades y *colleges* de los Estados Unidos, de modo que muchos jóvenes filólogos encontraron en ellas una salida profesional.

Al igual que sucedió con la fundación de la *RFE*, la marcha de Onís supuso un mayor conocimiento en el extranjero de los estudios filológicos que se hacían en España. A partir de ahí, la conexión internacional del CEH, sobre todo con países americanos, fue más intensa, pero también con los europeos. A consecuencia de ello, se produjo un crecimiento exponencial en el estudio de la lengua española en todo el mundo, así como de la literatura y la cultura, que favoreció la creación de departamentos en universidades. El español empezó a tener, en el ámbito académico, el mismo estatus que otras lenguas como el alemán o el francés, lo que provocó una considerable demanda de profesores y lectores en los centros educativos de los diferentes países. Para poder cubrir estas peticiones, el CEH creó, en 1912, unos cursos

de verano para extranjeros, que, a partir de 1914, se ampliaron al otoño e invierno, y se fundaron otros de formación de profesores, a los que se apuntaron muchos estudiantes de Filosofía y Letras, provocando un crecimiento en el número de colaboradores de la sección de Filología a partir de 1916.

La gran mayoría de esas solicitudes que hacían las universidades extranjeras de profesores o lectores llegaban al Centro de Estudios Históricos, cuyo prestigio, debido a la figura de Ramón Menéndez Pidal, había crecido considerablemente. Don Ramón enviaba a los jóvenes que cooperaban con él, de ahí que muchos encontraran su acomodo laboral fuera de España. Esto empezó a suponer un problema para el Centro, pues debido a sus investigaciones y publicaciones cada vez iba adquiriendo más fama, pero ante la petición que había en el extranjero de sus colaboradores se tuvo que ir deshaciendo de ellos, lo que provocaba que la producción descendiera y hubiera una merma importante en su actividad. Era la pescadilla que se mordía la cola. Américo Castro, en una carta a Federico de Onís, se quejaba con amargura de este hecho:

Insisto en estos detalles porque realmente empieza a preocuparme nuestra situación frente a esta abrumadora sollicitación del extranjero. El adjunto artículo que hoy publica *El Sol* te dará clara noticia de lo que ocurre. No he puesto en el periódico la nota pesimista, que empieza a invadirme, que no le veo salida alguna al problema. Con la provisión del lectorado de Berlín se acabó la provisión de muchachos que afanosamente he ido encauzando hacia la ciencia durante estos últimos años. En el Centro no quedan ya más que dos amanuenses, Arteta y Santos Gener, no hay quien haga una reseña, quien dé las clases del curso de extranjeros fuera de nosotros mismos, en suma que se cae la casa encima, porque es evidente que está peor que antes, a pesar de haber redoblado el esfuerzo los que estamos y de no dar paz a la pluma, faltas tú, falta Reyes, Solalinde está a un cuarto de velocidad en producción científica, es decir, que ha bajado mucho respecto de cuando estábamos en Recoletos. El Centro en todo lo que es producción técnica y su administración descansa sobre Navarro y yo, no hablo de los cursos de extranjeros que Solalinde lleva admirablemente, porque es otro género de cosa. García de Diego viene tan poco por el Centro y esta tan desligado de nosotros que olvidaba citarlo. Confiaba yo en poder salir a alguna para airearme un poco el espíritu descansando en tres o cuatro chicos de gran valor que comenzaban a dar señales de buena actividad en el Centro,

cuando esto de la Argentina y Berlín, unido a la marcha reciente de Robles y Montesinos, me hace dudar si debo ausentarme por todo un año. Esta es la situación. Por lo que a mí respecta no me apura nada, porque lo que ha de ser será, pero me inquieta que no nos quede en este momento ninguna persona bien para una petición que sobrevenga³⁹.

Fue en estos años, hacia 1916, cuando llegó «la segunda generación de discípulos», que decía Lapesa, «la de los caballeros jóvenes y hazañosos, [que] tenían su Per Vermúdez, su Roldán y su Oliveros en Montesinos, Amado Alonso y Dámaso Alonso». A ellos hay que añadir a Samuel Gili Gaya, Eduardo Martínez Torner y Vicente García de Diego⁴⁰.

No todos pudieron trabajar de forma continuada en el Centro; únicamente los tres últimos. Gili Gaya se acercó al Centro de la mano de Américo Castro y Menéndez Pidal, que fueron sus maestros en la Universidad Central (previamente se había licenciado en Farmacia en la Universidad de Barcelona). Desde el principio intervino en el Laboratorio de Fonética con Navarro Tomás, y a partir de 1922 se unió a la subsección del Glosariom donde inicia la realización del *Corpus Glossariorum* de los siglos XVI y XVII, que daría lugar al *Tesoro lexicográfico de la lengua española (1492-1726)*. Compaginaba esta tarea lexicográfica con las clases en el Instituto-Escuela, del que fue profesor desde 1920. Se ausentó del Centro en dos ocasiones, una para ir a la Universidad de Puerto Rico y otra a los Estados Unidos a Middlebury College. Por su parte, Martínez Torner, desde su integración, se hizo cargo de la subsección de «Folklore» y ayudó a Navarro Tomás en las grabaciones del Archivo de la Palabra. Los trabajos de Folklore se iniciaron con las excursiones

³⁹ Carta de Américo Castro a Federico de Onís, Madrid, 9 de junio de 1921. Archivo Federico de Onís. Residencia de Estudiantes. También Amado Alonso, desde Puerto Rico y camino de Buenos Aires, se queja de ello al propio Menéndez Pidal: «He tenido carta de don Tomás. Contento también; pero con razón se refiere entristecido a esta siembra al voleo que de nosotros está haciendo usted, don Ramón. Mejor que siembra, trasplante». Carta de Amado Alonso a Ramón Menéndez Pidal, Puerto Rico, 29 de junio de 1927. Archivo Amado Alonso, copia microfilmada, Residencia de Estudiantes, Madrid.

⁴⁰ Lapesa, Rafael, «Menéndez Pidal, creador de escuela: el Centro de Estudios Históricos», en Corporación de Antiguos Alumnos de la Institución Libre de Enseñanza, *¡Alça la voz, pregonero! Homenaje a don Ramón Menéndez Pidal*, Madrid, Cátedra-Seminario Menéndez Pidal, 1979, pág. 59.

de Manrique de Lara en 1915 por Andalucía y Marruecos para recoger la música y letra de romances, y de Martínez Torner por Aragón en 1917, donde hizo acopio de romances y melodías líricas populares. Vicente García de Diego obtuvo pronto la cátedra de Lengua y Literatura del Instituto Cardenal Cisneros de Madrid, lo que le permitió dedicar las tardes a trabajar en el Centro de Estudios Históricos, aunque su presencia por la sede no era muy habitual.

Sin embargo, aquellos a los que se refería Lapesa tuvieron que salir de España para poder desarrollar sus carreras profesionales. Amado Alonso, desde su incorporación en 1918, participó en el Laboratorio de Fonética con estudios sobre la pronunciación en Navarra, su tierra. En 1922 estuvo en la Universidad de Hamburgo trabajando en el laboratorio de fonética de Giulio Panconcelli-Calzia. Su salida definitiva se produjo en 1927 cuando viajó a Puerto Rico para dar clases en los cursos de verano de esta universidad, y después a Buenos Aires para dirigir el Instituto de Filología de la Universidad bonaerense, que se había creado, en 1923, gracias a un acuerdo entre esa universidad y el Centro de Estudios Históricos. Dirigió el Instituto hasta 1946, cuando, con la llegada de los peronistas, tuvo que salir de Argentina y recaló en la Universidad de Harvard en los Estados Unidos⁴¹. José Fernández Montesinos llegó al Centro de la mano de Américo Castro, colaborando en los trabajos del «Glosario» y en la colección de Teatro Antiguo Español, preparando la edición de varias obras de Lope de Vega: *El cuerdo loco*, *La corona merecida*, *El marqués de las Navas*, *Pedro Carbonero*, *El cordobés valeroso* y *Barlaán y Josafá*. Junto a Lope de Vega, su otro tema de estudio fue la influencia del erasmismo en la literatura española, sobre todo de los hermanos Valdés, Juan y Alonso. Del primero publicó las cartas inéditas y del segundo *Diálogo de las cosas ocurridas en Roma*. En 1920, fue enviado a Hamburgo como lector en la universidad y en el Seminario para Lenguas y Culturas Románicas (Romanisches Seminar). Regresó a Madrid en 1932, y se unió al Centro y a la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Madrid⁴². Al igual que Montesinos, Dámaso también estudió la figura de Erasmo en su libro *Erasmus*

⁴¹ Mario Pedrazuela Fuentes, «Amado Alonso y Alonso Zamora Vicente al frente del Instituto de Filología» *Filología*, xxxiv-xxxv, Buenos Aires, 2002, págs. 199-2015.

⁴² Sobre la labor de José Fernández Montesinos puede verse, Mario Pedrazuela Fuentes, «Una visión de la filología europea de entreguerras a través del archivo de José Fernández Mon-

en España, al que puso prólogo Marcel Bataillon. Dámaso Alonso compaginaba la ocupación en el Centro con estancias en universidades extranjeras (Berlín, Cambridge, Stanford en California, Hunter College, en Nueva York, Oxford), hasta que en 1933 obtuvo una cátedra en la Universidad de Valencia.

Amado Alonso, José Fernández Montesinos y Dámaso Alonso –al igual que sucedió con Onís y Solalinde–, a pesar de encontrarse fuera de España, siempre fueron considerados miembros del Centro y estuvieron muy unidos a él⁴³.

Una subsección que contó con más apoyos en los últimos años de la década de 1910 fue la de «Edición de Textos Hispanolatinos», a la que se incorporaron Francisco Santos Coco, que preparó una edición de la *Historia silense*, publicada por el Centro en 1921; por su parte Cipriano Rodríguez Aniceto trabajó en el *Poema de Almería* y Paulino Ortega Lamadrid en la *Crónica de Alfonso VII*. Una aportación importante fue la de Miguel Herrero, que redactó un estudio sobre el conocimiento y difusión de los clásicos latinos en España durante la Edad Media. Compaginaba esta investigación con las clases en el Instituto-Escuela y con las becas que le otorgó la JAE para conocer el sistema educativo de otros países europeos, lo que le permitió mantener una vinculación más larga con el Centro.

Otros jóvenes que se sumaron a las investigaciones filológicas del Centro en esta época fueron Andrés Baquero y Manuel Pérez Villamil, que buscaron documentación para Estudios Lingüísticos en archivos de Murcia. Samuel Santos Gener tuvo que abandonar el Centro al aprobar las oposiciones al Cuerpo Facultativo de Archiveros, Bibliotecarios y Arqueólogos; le destinaron a Córdoba para hacerse cargo de la biblioteca municipal y tiempo después del Museo Arqueológico de la misma ciudad. Durante el tiempo que estuvo en el Centro, entre 1922 y 1924, participó en el «Glosario» reuniendo material lexicográfico de varias obras de la Edad Media. Algo similar sucedió

tesinos», en *La historiografía de la lingüística y la memoria de la lingüística moderna*, María Luisa; Calero Vaquera y Gerda Haßler (eds.), Münster, Nodus Publikationen, 2016, págs. 195-205.

⁴³ Sobre la trayectoria de estos tres filólogos en el Centro de Estudios Históricos y fuera de él, véase Mario Pedrazuela Fuentes «La segunda generación de colaboradores del Centro de Estudios Históricos: José Fernández Montesino, Amado Alonso y Dámaso Alonso», en *100 años de la JAE. La Junta para Ampliación de Estudios e Investigaciones Científicas en su centenario*, Madrid, Residencia de Estudiantes, 2010, págs. 158-179.

con el paso por el Centro de José Ramos Loscertales, que al poco de llegar obtuvo la cátedra en la Universidad de Salamanca, y con Teófilo López Mata, que trabajó en la preparación de un mapa general de España del siglo XIII. Recibió varias pensiones de la JAE y fue catedrático en los institutos de Las Palmas y de Burgos.

*Los años veinte: dictadura de Primo de Rivera
y homenaje a Ramón Menéndez Pidal*

La década de los veinte no fueron buenos años para el Centro de Estudios Históricos y para la Junta para Ampliación de Estudios en general. La dictadura del general Primo de Rivera, desde 1923 hasta 1930, recortó mucho el gasto dedicado a la JAE. Esto se notó en los trabajos del Centro, en el que, debido a la falta de una estabilidad laboral, varios colaboradores decidieron marcharse. El caso más destacado fue el de Antonio García Solalinde, una de las figuras clave en la sección de Filología. En 1922 fue invitado por Federico de Onís para dar una serie de conferencias por distintas universidades americanas. Desde allí le escribió a Menéndez Pidal sobre los temores que le producía, cuando regresase a España, la inseguridad laboral que le iba a tocar vivir, frente a la tranquilidad que había encontrado en los Estados Unidos:

Lo que me asusta es que mi vuelta a España y las mil cosas que allí tengo que hacer me impidan toda labor. Cuando comparo esta tranquilidad de aquí con el ajetreo madrileño que tengo que llevar para ganarme la vida, creo que el pequeño mundo que hemos creado no tiene organización, ni es europeo, ni americano, ni nada, aunque de todo eso presumamos⁴⁴.

⁴⁴ Carta de Antonio García Solalinde a Ramón Menéndez Pidal. Ann Arbor, Michigan, 1 de diciembre de 1922. Archivo Ramón Menéndez Pidal. En esta idea de la tranquilidad hallada, ahonda Solalinde en otra carta a Castillejo una vez ya instalado en los Estados Unidos: «Tanto mi mujer como yo estamos contentos en este país, desde donde podemos trabajar con más calma y menos apuro que en Madrid en los mismos asuntos que yo ahí llevaba, pues aquí, desde este verano no tendremos problemas económicos, y en España, usted lo sabe para mantener una casa hay que trabajar en mil cosas distintas que le distraen a uno y no le dejan calma para los estudios puramente intelectuales. Yo ya estoy nombrado para el

Finalmente, Solalinde terminó marchándose a los Estados Unidos dos años después, en 1924, para enseñar en la Universidad de Wisconsin, hasta su fallecimiento repentino en 1937. Otros colaboradores importantes que tuvieron que dejar el Centro fueron Justo Gómez Ocerín y Federico Ruiz Morcuende. De tal modo que, de los primeros que comenzaron, tan solo quedaban, en los años veinte, Américo Castro, Navarro Tomás, García de Diego, Sánchez Alonso, Gili Gaya, Martínez Torner, y los que se encontraban en el extranjero: Onís, Solalinde, Amado Alonso, Fernández Montecosinos y Dámaso Alonso. A ellos se sumaron dos figuras muy importantes: Rafael Lapesa y Homero Serís, que se implicaron mucho en las investigaciones filológicas del Centro.

Homero Serís, tras una estancia en los Estados Unidos –fue profesor en la Universidad de Illinois y Columbia y presidente del Instituto de las Españas–, decidió, en 1925, regresar a Europa, primero a la Universidad de Dijon, en Francia, y luego a Madrid, al Centro de Estudios Históricos. García Solalinde, buen conocedor de la inestabilidad laboral que el Centro ofrecía, puso en aviso al nuevo colaborador, que, con el tiempo, se convirtió en uno de los más relevantes, y llegó a ser su secretario:

Mi querido Serís: Onís me escribe hoy dándome la buena noticia de sus deseos de usted de ir a Madrid para trabajar en el Centro. No dudo de que allí será muy bien recibido. Lo que sentimos siempre es no poder ofrecer una compensación satisfactoria. El sueldo que nosotros tenemos y que sería el de usted es de unos treinta y cinco a cuarenta duros al mes, por el trabajo de la tarde, de cuatro a ocho; queda libre el resto del día para dedicarse a lo que uno quiera⁴⁵.

Solalinde le comentaba que, aparte de las investigaciones propiamente dichas, podía realizar otras funciones dentro del Centro, como publicaciones en la *Revista de Filología Española*, o en la editorial La Lectura, clases en los cursos

año que viene y tengo la promesa de que me nombren indefinidamente». Carta de Antonio G. Solalinde a José Castillejo. Madison, 30 de marzo de 1925. Expediente de Antonio García Solalinde. Archivo JAE. Residencia de Estudiantes (Madrid).

⁴⁵ Carta de Antonio García Solalinde a Homero Serís, Ann Arbor, 8 de noviembre de 1922. Archivo Fundación Ramón Menéndez Pidal.

para extranjeros, traducciones o clases particulares, con las que conseguiría unos ingresos extra que le ayudarían a completar el escaso sueldo que se recibía:

Digo todo esto porque sé bien la situación económica del Centro. Estos sueldos con ser tan mezquinos, están siempre cubiertos y tropiezan con dificultades para dar uno más. En cambio no hay dificultad para pagar bastante bien una obra publicada. Yo desconozco su situación económica, pero si usted puede trabajar en otras cosas durante la mañana, cosa nada difícil, aunque lo sea en el primer mes hasta encontrar algo conveniente, podría usted prescindir del sueldo y trabajar para publicar enseguida una monografía. Se le pagarían aparte los trabajos que publicase en la Revista y hasta el trabajo de ordenar la bibliografía; y la Revista tiene una tarifa bastante regular (no la recuerdo ahora) y para lo de la bibliografía trimestral harían un arreglo. Aparte de eso hay cursos para extranjeros, que podrían dar usted y su señora, ediciones de La Lectura, traducciones, lecciones particulares y otras varias cosas que nunca faltan.

Por último, le informaba de que para vivir bien en Madrid iba a necesitar entre 800 y 1000 pesetas, lo que le podía servir para hacerse una idea de cómo lograr esos ingresos. Solalinde conocía bien todos los esfuerzos que había que hacer si se trabajaba en el Centro de Estudios Históricos para obtener un sueldo de mil pesetas y vivir cómodamente en Madrid.

Rafael Lapesa se incorporó al CEH hacia 1928, tras licenciarse en la Universidad Central, donde fue alumno de Américo Castro. En el Centro, realizó la tesis doctoral sobre *El dialecto asturiano occidental en la Edad Media*, y colaboró con Menéndez Pidal en «Estudios lingüísticos» en la elaboración del Glosario de Orígenes del español o Glosario del español primitivo. Hacia 1930 obtuvo una plaza de catedrático de instituto en Madrid, y en 1932 entró como profesor ayudante en la Universidad de Madrid, lo que le permitió compaginar su trabajo con las investigaciones filológicas.

Para ser colaborador del CEH existían dos requisitos fundamentales: residir en Madrid, ya que era donde se encontraba la sede, y disponer de un puesto que permitiera compaginarlo con las investigaciones y así completar el escaso sueldo que se recibía. Muchos de ellos trataron de conseguir este segundo requisito aprobando las oposiciones a profesor de secundaria, pero

eso no les garantizaba el primero, pues podían ser enviados a cualquier parte de la Península, que era lo más habitual. Lograr una cátedra de instituto en Madrid no era sencillo, pues en aquel momento había tan solo dos públicos: el Cardenal Cisneros y el San Isidro, a los que se sumaría, en 1918, el Instituto-Escuela. Lo ideal era aprobar unas oposiciones a la universidad, pero eso era mucho más complicado, pues apenas quedaban plazas libres que ocupar. En un artículo sobre Amado Alonso, Zamora Vicente decía que en los años veinte en España había «solamente once universidades (frente a la inundación que hoy existe, seanlo o no) y cátedras de simple Filología, dos o tres. La de Filología románica, que desempeñaba don Ramón, y la de Gramática histórica, que estaba en manos de Castro»⁴⁶. La posibilidad más factible, y a la que se acogieron varios colaboradores, era la de lograr una plaza en el cuerpo de Archiveros, Bibliotecarios y Arqueólogos.

Además de Serís y Lapesa, se unieron al Centro otros filólogos, cuyo paso fue puramente testimonial y de los que apenas disponemos de información. Son los casos de Lorenzo Miranda, Fernando Vida, Ricardo Gómez Ortega, Nicolás González Ruiz, Pedro Carcasa, Eladio Sánchez, Ángel Andarías, Luis González y Césareo Fernández. También fue esporádica la estancia del escritor y periodista Ernesto Giménez Caballero, que llegó de la mano de Américo Castro, y quien, en sus artículos en *El Sol*, primero, y en la revista fundada por él, *Gaceta Literaria*, después, publicó varios artículos dando cuenta de las actividades de los filólogos del Centro de Estudios Históricos. Sí tuvo tiempo para publicar un artículo en la *Revista de Filología Española* titulado «Hipótesis a un problema de Juan del Encina». Hubo otros que sí se implicaron más en las investigaciones, como fue el caso de José Colás, que participó en la subsección de «Bibliografía». En los trabajos de «Glosario» participó Bienvenido Martín García, en concreto realizando un estudio de la *Historia compostelana*, al igual que Ernesto Alonso Villodo y Carmen Fontecha, que comenzó a elaborar, bajo la dirección de Américo Castro, un Diccionario de notas de textos clásicos españoles. José Vallejo, que fue profesor de Latín en el Instituto-Escuela, participó en las actividades del Centro, sobre todo con publicaciones en la *Revista de Filología Española*. Abelardo Moralejo,

⁴⁶ Alonso Zamora Vicente, «Para Amado Alonso, ausente», en *Boletín de la Academia Argentina de las Letras*, tomo LXI, julio-diciembre de 1996, Buenos Aires, 1997, pág. 255.

durante los pocos años que pasó por el Centro, hasta lograr una cátedra en la Universidad de Salamanca, ayudó a Menéndez Pidal en la Colección de documentos lingüísticos de Castilla. Florentino Castro Guisasola participó en las actividades del Centro con la publicación, entre otros, de un artículo sobre las fuentes literarias de *La Celestina*, hasta que en 1920 obtuvo la cátedra del Instituto de Almería. En esta subsección hicieron algunos trabajos Pedro Sánchez Sevilla y José Pastor. Hay que destacar el paso de Agustín Millares Carlo, que participó en la subsección de «Estudios de Historia Literaria», con publicaciones sobre Feijóo, Mayans y Argote de Molina, hasta que fue enviado, en 1924, a Buenos Aires para sustituir a Américo Castro en la dirección del Instituto de Filología. Allí promovió la publicación de las biblias del siglo XIII de la biblioteca de El Escorial, que continuó su sucesor en el cargo, Manuel de Montolú. Otra figura destacada fue Pedro Bohigas, que publicó, en 1924, en la colección de anejos de la *RFE*, *Los textos españoles y gallegoportugueses de la Demanda del Santo Grial*; en esta obra, a partir del estudio de los textos, estableció la época en que comenzaron a ser divulgados en España las obras del ciclo artúrico.

En 1925 se produjo otro hecho relevante para la breve historia de la sección de Filología del Centro de Estudios Históricos. Ese año se celebró el homenaje a Ramón Menéndez Pidal con motivo de su 25 aniversario como profesor universitario. El homenaje, organizado por sus discípulos, consistió en la edición de tres tomos bajo el título *Homenaje ofrecido a Menéndez Pidal. Miscelánea de estudios lingüísticos, literarios e históricos*, en los que participaron unos 135 filólogos de todo el mundo. La publicación de estos tres tomos, con artículos de los mejores lingüistas europeos y americanos, nos ayuda a comprender mejor la repercusión científica que a nivel internacional tenía la figura de don Ramón y de los trabajos filológicos del Centro de Estudios Históricos. Un año después, en marzo de 1926, se celebró, en la sede del CEH —entonces en la calle Almagro—, la entrega a Pidal del primero de los tomos. Leyeron discursos Américo Castro y Tomás Navarro Tomás, y el propio homenajeado que agradeció a todos el reconocimiento que le hacían. Castro se fijaba en el hecho excepcional que suponía el acto que estaban celebrando:

Por grato y excepcional motivo infringimos hoy en este Centro nuestros hábitos más arraigados. En los diez y seis años que llevamos de existencia,

nunca hubo entre nosotros fiesta ni solemnidad, porque la conciencia de lo que nos resta por cumplir dispone a rehuir ocasiones de muestra y exterioridad adjetivas. Este Centro procuró tomar su rumbo al hilo de vuestra vida ejemplar, orientada hacia el esfuerzo productivo, preocupada de ahondar y alargar el surco lo más posible, sin flaqueza en la mano y la vista puesta en lejanías prometedoras. Nos habéis inculcado desde que éramos bien mozos el culto al esfuerzo, el amor a lo eficaz e inmediato, el despego por el vano y palabrero alarde, por la rebuscada afectación, por la jerarquía basada en fórmulas. Desde el principio nos sentimos asociados a una recia obra de hogar eficiente e íntima. Y he aquí que hoy salimos de nuestro retiro y h de ser yo el que inicie los ademanes ceremoniosos⁴⁷.

Un ejemplo de la relevancia que tuvo el Centro a nivel internacional son la cantidad de colaboradores de países hispanoamericanos que trabajaron en él. Hablamos ya de Alfonso Reyes, que estuvo muy involucrado, en la década de 1910, en la realización de la bibliografía y en la *Revista de Filología Española*. En los años veinte viajó hasta Madrid, Pedro Henríquez Ureña, que publicó en los Anejos de la *RFE* el libro *Versificación irregular de la poesía española*. También el alemán naturalizado chileno Rodolfo Lenz participó en los trabajos del Centro con la publicación, en 1920, del libro *La oración y sus partes*. Un libro polémico en el que de alguna manera criticaba la labor del CEH al tratar de estudiar la complejidad de las lenguas partiendo únicamente de la indoeuropea⁴⁸. El mexicano Francisco A. Icaza publicó algunos artículos en la *Revista de Filología Española* sobre los orígenes del teatro en América, mientras que el cubano José María Chacón lo hizo sobre el primer poema escrito en Cuba. El puertorriqueño Rafael W. Ramírez de Arellano dio a la imprenta, en la subsección de Folklore, el libro *Folklore puertorriqueño. Cuentos y adivinanzas*, en 1928. Ese año llegó a Madrid desde Puerto Rico Margot Arce para estudiar en la Universidad Central con Américo Castro. Entre la universidad y el Centro preparó su

⁴⁷ Américo Castro, «Palabras en el homenaje a Ramón Menéndez Pidal. El Centro de Estudios Históricos. Un homenaje a D. Ramón Menéndez Pidal», *La Escuela Moderna*, marzo de 1926, pág. 203

⁴⁸ Vicente Bernaschina, «Rodolfo Lenz, 150 años en disputa con el imperio de la lengua», en *Universum*, vol. 28, 2013, págs. 117-138.

tesis doctoral que se publicó en 1930, como un anejo de la *RFE*, con el título de *Garcilaso de la Vega, Contribución al estudio de la lírica española del siglo XVI*.

La nómina de filólogos europeos y estadounidenses, que de alguna manera colaboraron con el Centro, también nos ayuda a comprender su proyección en el exterior. A través de publicaciones en la *Revista de Filología Española*, en los anejos o mediante conferencias, se relacionaron con las investigaciones del CEH: Meyer-Lübke, Leo Spitzer, Fritz Krüger, Hugo Schuchardt, Eugenio Mele, Jakob Jud, Morel-Fatio, George Cirot, Pilade Mazzei, J. P. Wickersham Crawford, Camille Pitollet, Max Leopold Wagner, Christopher Carrol Marden, Gerhard Rohlf, Fidelino de Figueiredo, J. M. M. Ford, J. D. Fitz-Gerald, J. Millardet, Ernest Gamillscheg, Samuel C. Inmar, Mario Chini, etc.

La llegada de la República y los años boyantes

En los años treinta cambió la situación del Centro de Estudios Históricos. La proclamación de la República, debido a la estrecha relación intelectual que muchos de sus políticos tenían con la Junta para Ampliación de Estudios, supuso la llegada de una serie de años fructíferos para la ciencia en España. Esta época de bonanza se notó en la sección de Filología con la llegada de más investigadores. Entre 1930 y 1934 pasaron por las nuevas dependencias del Centro, instaladas ya en la calle Medinaceli, unos 25 filólogos. Fue determinante para la incorporación de nuevos colaboradores la creación de dos secciones afines a la de Filología, como fueron la de Archivos de Literatura Española Contemporánea y la de Hispanoamérica, y el impulso que se dio a la subsección de Estudios latinos con la fundación de la revista *Emerita*.

La década se inició con la puesta en marcha de dos de los grandes proyectos: el Atlas Lingüístico de la Península Ibérica y el Archivo de la Palabra. Para la realización del ALPI fue necesario contar con filólogos que tuvieran una formación fonética sólida. Navarro contaba con Amado Alonso, «el hombre más indicado para emprender ese trabajo es Alonso. Si él no lo hace no veo otra esperanza más que la de buscar a otro joven que quiera ocupar

su puesto»⁴⁹. Pero, como ya hemos indicado, Amado Alonso se marchó en 1927 primero a Puerto Rico y después a Buenos Aires⁵⁰. La solución que encontró Navarro Tomás fue crear unos cursos para formar a jóvenes en la transcripción fonética.

Del Atlas Lingüístico hay una esperanza de empezar, pero solo una esperanza. La ausencia de usted es irreparable. Estoy haciendo un cursillo de preparación fonética para tres jóvenes que parecen dispuestos a viajar; no sé si usted les conocía: Lapesa, Lacalle y Ortega Lamadrid. El primero es el mejor⁵¹.

Finalmente los elegidos para hacer las encuestas del ALPI fueron Aurelio M. Espinosa hijo, Lorenzo Rodríguez-Castellano, Manuel Sanchis Guarner y Francisco B. de Moll, a los que se sumaron para la zona gallego-portuguesa Aníbal Otero y el portugués Rodrigo de Sá Nogueira, que fue sustituido por Armando Nobre de Gusmão⁵².

⁴⁹ Carta de Tomás Navarro Tomás a Ramón Menéndez Pidal, Caracas, 21 de diciembre de 1927. Archivo Fundación Ramón Menéndez Pidal.

⁵⁰ Ante su marcha, Navarro Tomás escribe a Amado Alonso en los siguientes términos: «Con la ausencia de usted, aún considero más difícil que antes poner en marcha este asunto. Se necesitaría contar con unos cuantos jóvenes con vocación y preparación para que recogiesen los materiales. Pero ¿dónde están? Y además, ¿quién los paga? ¿Qué facilidades se les va a dar durante su trabajo? ¿Qué compensación se les va a ofrecer después de realizado su esfuerzo? Don Ramón, con toda su buena voluntad, no ve por dónde contestar estas preguntas y por esto irá pasando el tiempo hasta que vengan de algún lado los elementos que ahora faltan». Carta de Navarro Tomás a Amado Alonso, Arenas de San Pedro (Ávila), 24 de agosto de 1928 (Archivo Amado Alonso. Residencia de Estudiantes).

⁵¹ Carta de Navarro Tomás a Amado Alonso: Madrid, 2 de marzo de 1929 (Archivo Amado Alonso. Residencia de Estudiantes).

⁵² Sobre la historia del ALPI, puede verse, entre otros, José Ignacio Pérez Pascual, *Los primeros pasos de un largo caminar: los comienzos del Atlas Lingüístico de la Península Ibérica*, La Rioja, Cilengua, 2017; *La historia interna del Atlas Lingüístico de la Península Ibérica (ALPI). Correspondencia (1910-1976)*, Santi Cortés y Vicent García Perales (introducción, selección y notas), Valencia, Universitat de València, 2009; Mario Pedrazuela Fuentes, «Nuevos documentos para la historia del ALP», *Revista de Filología Española*, t. 85, 2005, pp. 271-283; Pilar García Mouton, «Los trabajos del Atlas Lingüístico de la Península Ibérica y la Revista de Filología Española», en *La ciencia de la palabra. Cien años de la Revista de Filología Española*, Pilar García Mouton y Mario Pedrazuela Fuentes (eds.), Madrid, CSIC, 2015, págs. 175-108.

De gran importancia fue la participación en los trabajos del CEH del poeta, miembro de la generación del 27, y profesor universitario, Pedro Salinas. Salinas llegó a Madrid en 1929 desde Sevilla (en cuya universidad era catedrático) para enseñar en la Escuela Central de Idiomas. Se sumó al CEH como profesor en los cursos para extranjeros de verano y en los trimestrales, de los que llegó a ser director, y en 1932 fundó una nueva sección, la de Archivos de Literatura Española Contemporánea, con la revista *Índice Literario*⁵³. En esta sección contó con el apoyo de Guillermo de Torre y José María Quiroga y Pla, que estaba casado con una hija de Miguel de Unamuno, además de María Galvarriato y María Josefa Canellada. Otra incorporación relevante para el Centro fue la del italiano Giuliano Bonfante, en 1934, que se encargó de dirigir la subsección de Estudios Clásicos, que era el nuevo nombre que se daba a la de Edición de textos hispanolatinos. En 1934, esta subsección publicó el primer número de la revista *Emerita*⁵⁴. En ella participó Clemente Hernando Balmori, aunque sus continuas estancias en el extranjero (Montpellier, como lector, Berlín y Londres), apenas le permitieron aportar mucho a los estudios clásicos del Centro⁵⁵. También Antonio Magariños, José Manuel Pabón y Moisés Sánchez Barrado, supuesto inspirador del personaje principal de la novela de Unamuno *San Manuel Bueno Martir*⁵⁶, participaron en esta subsección.

La creación, en 1934, de una sección dedicada al estudio de la lengua y la literatura hispanoamericana supuso la incorporación de nuevos colaboradores al Centro de Estudios Históricos. Bajo la dirección de Américo Castro, trabajaron en ella el mexicano Silvio A. Zavala, con un estudio sobre la conquista

⁵³ Juana María González, «La sección de Archivo de Literatura Española Contemporánea (1932-1936) y su labor difusora de la obra creativa de la mujer en la Edad de Plata», *Bulletin of Hispanic Studies*, vol. 95, 2018, págs. 959-976.

⁵⁴ Francisco Rodríguez Adrados, «El Centro de Estudios Históricos, *Emerita* y los estudios clásicos, hoy», en *100 años de la JAE. La Junta para Ampliación de Estudios e Investigaciones Científicas en su centenario*, Madrid, Residencia de Estudiantes, 2010, págs. 194-211.

⁵⁵ Sobre Hernando Balmori puede verse Mario Pedrazuela Fuente «Clemente Hernando Balmori», en el sitio web *JAE Educa. Diccionario de profesores de instituto vinculados a la JAE (1907-1936)* <http://ceies.cchs.csic.es/?q=content/hernando-balmori-clemente>

⁵⁶ Véase Laureano Robles, «Otra lectura de *San Manuel Bueno, mártir*, de Unamuno», en *Boletín de la Institución Libre de Enseñanza*, núm. 48, diciembre 2002, págs. 81-112.

española de América, el venezolano Ángel Rosenblat, que investigó acerca de las lenguas indígenas de América⁵⁷, así como los españoles Antonio Rodríguez Moñino, Ramón Iglesia, Lázaro Sánchez Suárez, Juan Dantín Cereceda, Vicente Loriente y Manuel García-Pelayo. Todos ellos estaban más vinculados a la historia que a la filología. Muchas de sus investigaciones salieron publicadas en la revista *Tierra Firme*, que dirigió Enrique Díez Canedo, gran conocedor del mundo hispanoamericano, ya que fue embajador en Argentina y Uruguay.

En 1931, llegó al Centro Enrique Moreno Báez, quien se había formado en la Universidad de La Plata con Pedro Henríquez Ureña. Cooperó con Menéndez Pidal en la edición de textos medievales, hasta que en 1933 sucedió a Dámaso Alonso como lector de español en Oxford. Un fichaje importante para el Laboratorio de Fonética fue Jacinto Vallelado Soria. En él ayudó a Navarro Tomás en la recopilación de materiales radiográficos sobre la pronunciación de las vocales; este material se recogía gracias a la contribución del departamento de Radioterapia de la Casa de Salud Valdecilla de Santander. Participó en el perfeccionamiento del quimógrafo, y en la creación de un fichero de fonética general, además de participar en la catalogación y clasificación de los materiales folclóricos y lingüísticos recogidos en el Archivo de la Palabra. La contribución de Ignacio Aguilera, en la sección de Archivo de Tradiciones Populares dirigida por Martínez Torner, fue la de revisar y corregir las pruebas de algunas de sus publicaciones, como fueron *Vocabulario del bable occidental*, de Bernardo Acevedo y Marcelino Fernández, y *Vocabulario del Bierzo*, de Gerardo García Rey. En esta sección auxilió durante breve tiempo el compositor Jesús Bal y Gay en la recogida y estudio del folclore musical de Galicia para la formación de un cancionero gallego.

Algunos de los jóvenes que se sumaron al Centro en los años treinta apenas tuvieron tiempo para poder desarrollar ocupación alguna, pues la guerra civil lo interrumpió todo. Fue el caso de Miguel Bordonau Más, que había sacado una plaza en el Cuerpo Facultativo de Archiveros, Bibliotecarios y Arqueólogos, y que llegó a dirigir el Archivo de Simancas, hasta que

⁵⁷ Esther Hernández, «Ángel Rosenblat y el español de América: influencia de la Escuela de Filología Española en su obra y cartas a Menéndez Pidal», *Revista de Indias*, vol. 67, núm. 239, 2007, págs. 185-220.

en 1930 fue trasladado a la Biblioteca Nacional. George Sachs llegó en 1932 a Madrid, acompañado de su esposa, Leoni, para dar clases de alemán en la Universidad, gracias a la intervención de Américo Castro. Los dos comienzan a colaborar con el Centro, que publica su tesis doctoral con el título de *El libro de los caballos: tratado de albeitería del siglo XII*⁵⁸.

Según las memorias de la Junta para Ampliación de Estudios, desde 1910 hasta 1934 pasaron por la sección de Filología del Centro de Estudios Históricos cerca de cien filólogos. Seguramente no estén todos, ya que no se llegó a publicar la memoria correspondiente a los años 1935 y 1936 donde quedarían reflejados los que trabajaron en esos años. Fue el caso, por ejemplo, de Alonso Zamora Vicente⁵⁹. Este elevado número nos ayuda a hacernos una idea de la relevancia que la sección tuvo, y como se convirtió en una de las más destacadas del Centro, así como de la importancia que la filología tuvo en España en el primer tercio del siglo XX, convirtiéndose en un país puntero en el estudio de esta ciencia. A pesar de todos estos nombres, en realidad el grupo que llevaba las funciones diarias del Centro era muy escaso; apenas un puñado de filólogos que fue variando con el paso del tiempo. Don Ramón se mantuvo al frente durante los 26 años que duró el Centro y a su lado siempre estuvieron Américo Castro y Tomás Navarro Tomás, que, hasta los años veinte, contaron con la colaboración de Federico Ruiz Morcuende, Justo Gómez Ocerín

⁵⁸ Arno Gimber y Santiago López-Ríos, «Los estudios de Filología Moderna: alemán». En Santiago López-Ríos Moreno & Juan Antonio González Cárceles (coords.), *La Facultad de Filosofía y Letras de Madrid en la Segunda República: arquitectura y universidad durante los años 30*, Madrid: Sociedad Estatal de Conmemoraciones Culturales, Ayuntamiento de Madrid & Ediciones de Arquitectura, 2008, pág. 390.

⁵⁹ Así recuerda su llegada a las dependencias del Centro: «No conocí los días iniciales, ni mucho menos, del antiguo Centro de Estudios Históricos, sino que llegué a los días casi holgados del edificio de Medinaceli, 4. Pasillos silenciosos, anchos, pequeños cuartos de trabajo, ficheros. Y silencio. Para los que llegamos a la vida del Centro a caballo entre él y la Universidad, y ya con unas técnicas de trabajo hechas, maduras, consagradas, y con un claro repertorio de necesidades y proyectos, nos llamaba poderosamente la atención el esfuerzo inaugural de los maestros y la cicatera limitación de medios materiales con que se levantaba». Alonso Zamora Vicente, «Tomás Navarro Tomás (1884-1979)», *BRAE*, tomo LIX, cuaderno CCXVIII, septiembre-diciembre 1979, p. 415. Sobre la figura de Alonso Zamora Vicente, véase Mario Pedrazuela Fuentes, *Alonso Zamora Vicente: vida y filología*, Alicante, Universidad de Alicante, 2011.

y Benito Sánchez Alonso en el tiempo que le permitía su ocupación de bibliotecario de la JAE. Después se incorporaron a ese núcleo de Madrid, Vicente García de Diego, Samuel Gili Gaya, Eduardo Martínez Torner, Homero Serís, Rafael Lapesa y Pedro Salinas. A ellos había que unir aquellos que se tuvieron que marchar, pero que siempre estuvieron vinculados al Centro. El primero fue Federico de Onís, más tarde lo harían Antonio García Solalinde, Amado Alonso, José Fernández Montesinos y Dámaso Alonso.

Todos ellos fueron los que convirtieron a la conocida como «Escuela de Filología de Madrid», «Escuela de Filología del Centro de Estudios Históricos» o «Escuela de Menéndez Pidal» en un modelo de trabajo científico e investigación filológica que fue imitado en otras partes del mundo, y que no se ha vuelto a repetir en España.

MARIO PEDRAZUELA FUENTES
Universidad Rey Juan Carlos

Fecha de recepción: 28/06/2021 · *Fecha de aceptación:* 02/02/2022

